

Reflexiones sobre el discurso autoritario

(A propósito de cuentos sobre tortura de Elvira Orphée)

por María Luisa Bastos

La última conquista de El Angel —título del cuento final de los once recogidos en el volumen publicado por Monte Avila en 1977— es el sexto libro de la argentina Elvira Orphée. Los cuentos, escritos entre 1961 y 1974, se leen como unidades autónomas pero también configuran una suerte de historia —o, mejor, una serie de ejemplificaciones— de cómo a través de la tortura infligida, presenciada y, sobre todo, *relatada*, el narrador llega a convertirse en sucesor y reflejo de Winkel, su jefe admirado. De anticiparse a sus pensamientos (“hoy pienso si no sería justamente ése el pensamiento del jefe, que me lo estaba transmitiendo. Quizá a mí solo no se me habría ocurrido una cosa así” (p. 68)) Llega a ser casi el otro (“Yo tenía la situación que ocupaba él [...] cuando empecé. El oficio era el mismo, pero como neblinosamente cambiado” (p. 134)).

Son varios los engarces de estos textos con sus referentes. El más obvio es la localización geográfica. Con excepción de parte de uno de ellos —“Todos los héroes murieron”—, los episodios se desarrollan en la ciudad de Buenos Aires: en el ámbito



cerrado y secreto de la “Sección Especial” —reservada a las torturas— de una policía claramente identificable con la argentina, o en suburbios alledaños. Tanto el narrador como su jefe son provincianos —de La Rioja— (“Con razón le notaba yo a Winkel una talla superior. La provincia, muchachos, no hay vuelta” (p. 23)).

En contraste con la puntualización geográfica, la determinación histórica —sobre todo, ideológica— está diluída. Ese difuminado responde a la deliberada voluntad de la autora, quien advierte en el “Prólogo”: “Cualquier intento de cifrar esta obra en averiguaciones de lugares, organismos, países, actores y color ideológico desvirtúa su verdad esencial” (p. 9). Esa *verdad esencial* —la conclusión a que aspira que sus relatos induzcan— está, para Orphée, expresada en las palabras de su personaje Winkel: “Lo que ellos llaman tortura pertenece a un orden sobrenatural, como el cielo o el infierno” (*ibid.*).

Con todo, el propósito generalizador no es absoluto, y los cuentos son fechables. Por lo demás, la misma autora ha señalado como génesis de este libro los episodios de su novela *Uno* (1960) en los que se hace referencia a la llamada Alianza Libertadora Nacionalista, cuerpo parapolicial que estuvo en auge en la década de 1950.¹ Y es evidente que los cuentos marcan *dos tiempos*. Los siete primeros episodios se desarrollan, inconfundiblemente, en el apogeo de la época peronista, hacia 1953 o 1954 (algunas ligazones con la época: el desdén del gobierno por los estudiantes (p. 22); los cigarrillos “Particulares” (p. 38); los “cabecitas negras” apiñados en las villas miseria, a orillas de la ciudad de Buenos Aires (p. 44). No se consigna el nombre del gobernante —a quien se alude sólo dos veces, una, como presencia icónica y aquiescente: “Quedó frente al escritorio, mirado por el gobernante desde su fotografía dedicada” (p. 20); otra, como protector cuya benevolencia se acata como una orden: “me basta con que el presidente me dé muestras de su estima encargándose de la carrera de mi hermano en el colegio militar” (p. 55). Sin embargo, es claro que el octavo episodio marca la caída de Perón —(“parecíamos hormigas despavoridas [...] Oíamos los comunicados de los vencedores y nos cerraban la garganta” (p. 98)—, con la que coincide el tránsito de Winkel a la demencia. Los tres últimos cuentos cubren con rapidez hiperbólica las etapas que van desde 1955 hasta las actividades de los guerrilleros iniciadas hacia fines de la década de 1960 (“Detrás de un armatoste antiguo [...] que guardaba mucho libro, encontramos en la pared hueca dos metralletas, varios revólveres, planos de puntos vitales, listas de operativos en preparación” (p. 137)).

No faltan alusiones oblicuas o directas al machismo como refugio, como enmascaramiento de deficiencias de distinto orden. Los personajes secundarios lo reflejan reiteradamente, en conductas, en declaraciones. Winkel y el narrador padecen de



solapada impotencia, que desplazan a distorsiones jactanciosas: "Las hembras de la tortura pueden ser hermosas, pero eso ¿a quién le importa? Uno codicia la médula de la espléndida vida" (p. 110). En el cuento titulado "La blanda montura de la discordia", el narrador superpone sus experiencias de exhibicionista y torturador: "Aun cuando estaba en la Sección, cumpliendo con mi deber y trabajando hasta la convulsión, yo no andaba con mi cabeza en La Rioja sino en la callecita" (p. 49).

Ya se ha dicho que la autora descarta el aspecto de documento político para organizar la materia narrativa: "como experiencias semejantes a las narradas superan a la realidad, estas historias no tienen una intención realista" (p. 9). Sin embargo, cuentos que tratan de torturas no dejan de ser *inventarios* (listas de lo inventado = encontrado) cuya verosimilitud debe ser *también*, ineludiblemente, extratextual. Y cabe consignar que esa extratextualidad a veces se impone, hasta dificultar la lectura de los cuentos; por momentos, los detalles sádicos ocultan el desarrollo narrativo cuyas articulaciones más importantes sólo una segunda lectura rescata. Pero ese desarrollo narrativo existe, y sin duda ha sido cuidadosamente organizado. Cada cuento plantea una intriga paródicamente —grotescamente— *policial*. Hay un enigma por resolver: la confesión que hay que arrancar al preso. Para lograr esa confesión, el torturador —Winkel en los primeros cuentos, el narrador en los últimos— inventa procedimientos siempre diversos. Y esas etapas de la "ceremonia" que culmina en la confesión o en la delación son como variaciones sádicas, como *performances* paródicas de las deducciones sagaces de que se vale el relato policial clásico. A su vez y a la vez, el torturador es como una versión disminuída y de gran guiñol del bonachón o excéntrico detective tradicional. Versión disminuída: "Oficial, empleados, todos aprovecharon para sacarse fotografías. [...] Reguera [...] se puso medio tristón cuando vio que la familia no lo esperaba en el aeropuerto, mientras los otros ya andaban a los abrazos con sus parientes" (p. 37). Versión de gran guiñol: "Sí, queríamos confesiones. No era tanto ansia de confesiones como necesidad de que algo extraordinario nos contestara por qué. [...] Una cosa de brujos, qué sé yo" (p. 111). También, de alguna manera, esos policías rudimentarios dedicados a torturar son versiones económicas —de entrecasa, podríamos decir con sarcasmo— de una instancia más alta de lo siniestro: constituyen explicitaciones irónicas de la designación periodística de "servidores del *orden*".

En los siete primeros cuentos y en el último, los pasos de cada episodio reproducen anecdóticamente el *crecendo* de la tortura. Así exceptuando "Nada", "La blanda montura de la discordia" y "Carta a la amada"—, el punto culminante, el nudo de la anécdota, es también desenlace. "Nada"—que recuerda lejanamente "El simulacro" de Borges— presenta un

final excepcional, irónico, en el que la tensión se afloja (o se advierte que en rigor no existía): "Después los largamos al chiflado y su pariente, y aquí no pasó nada" (p. 48).

Tampoco faltan elementos con que fundamentar, anecdóticamente, el resentimiento esencial de los personajes. Basta apuntar que Winkel parece ser hijo natural de una señorita provinciana venida a menos y un alemán (p. 23). O que la memoria del narrador ha forjado una fantasía, casi una cosmogonía, en torno de un recuerdo único, dominante, de su infancia: la experiencia del horror telúrico de un terremoto ("me proveyó de horror ya para siempre. Lo que él me ha dado yo lo pongo en la Sección porque es lo único que tengo mío" (p. 43). Si se tiene en cuenta que en los últimos cuentos el narrador surge como una imagen *perfeccionada* de Winkel, hasta se puede ver la admiración que el jefe le provoca como una forma de narcisismo. Pero en estas páginas me detendré en otras reflexiones que sugiere este libro y que propondré como elementos para una lectura complementaria de la que Elvira Orphée ofrece para él.²

En primer lugar, algunos enunciados del narrador y de Winkel muestran como común denominador ciertas tergiversaciones significativas, en las cuales se da la fuerza connotativa principal de los textos. Ciertos pasajes revelan que el sentido más importante de estos cuentos no se encuentra ni en los localismos coloquiales (muchos de ellos marcados con notas a pie de página que acaso no sean tan innecesarias o ingenuas como las ven los ojos argentinos de quien escribe estas páginas) ni en las expresiones o adaptaciones de letras de tango. Tampoco están en las minucias sádicas en que se complace el narrador, aunque sí en la interpretación revertida del significado de la tortura, en la busca de justificación para el sadismo:

Winkel amenazó al preso:

—Pobres de ustedes, *traidores sin corazón* de la *patria*.

Y tenía un aire fenómeno de antigüedad y *justicia*, como si fuera todos los jueces juntos desde el principio del mundo.

Somos nosotros el chivo emisario, el blanco del odio de todas las cuevas del país. No comprenden el *deber*. Bastará con que lo comprendamos nosotros y lo llevemos adelante como una deformidad, si es necesario (p. 20; subrayados míos).

Es notable cómo un escamoteo de los significados ha borrado las ataduras ideológicas. Gracias a un cambio violento y audaz de los referentes, las palabras abstractas —traidores, patria, justicia— o la metonimia hecha lugar común —sin corazón— han pasado a ser meras designaciones de la fuerza, amenazas, puros signos siniestros. Las grandes palabras llenan el vacío de la ideología de que carecen



los personajes y rubrican, terriblemente, la autoridad arbitraria que detentan.

El discurso autoritario puede prescindir de las grandes palabras y valerse de una exaltación grandilocuente que simula con eficacia una incuestionabilidad falsa:

Nadie crea que nosotros éramos insignificantes y que nos perdíamos entre los borrones de la ciudad. No nos veían los que andaban con los ojos a la bartola. Pero nosotros, cuando salíamos en misión, éramos brazadas de banderas, funerales solemnes, cargas de brigadas ligeras, siempre arrebatados de grandeza, como hubiera dicho Winkel. Hablo de mí, pero sobre todo hablo del rey secreto que nos enseñó a los muchachos en cuartos casi vacíos la médula de la vida espléndida: Winkel. El nos mostraba tales como éramos y no como querían vernos los inmundos y los enemigos (p. 51).

Estas fingidas racionalizaciones propuestas por los textos reproducidos exponen algunas de las caracte-

rísticas más notables de la actitud y el discurso autoritarios.³ En el primero de ellos, además del flagrante escamoteo de significados hay una fuerte carga lírica, una suerte de efusión de signo negativo, amenazante, que ayuda a que los tópicos —patria, justicia, deber— provean un simulacro de lenguaje común, una ficción de puente comunicativo. El segundo texto finge el acercamiento comunicativo bajo apariencias de cotidianidad. Así, conjuga la entonación coloquial (“los que andaban con los ojos a la bartola”) con lugares comunes disimulados en énfasis retóricos (“brazadas de banderas”; “funerales solemnes”; “cargas de brigadas ligeras” son locuciones figuradas —metonimias y metáfora— que insisten en lo heroico, en lo más superficial y externo de lo heroico).

En unas notas escritas en 1873, Nietzsche señala que el mentiroso, para resultar convincente, abusa de las convenciones cambiando arbitrariamente —aun revertiendo— los nombres; apunta también Nietzsche que las pretendidas “verdades” son simplemente metáforas desgastadas por el uso: monedas, dice, que han perdido las imágenes y sólo mantienen su valor en cuanto metal.⁴ Los personajes autoritarios, especies singulares de embusteros, también operan cambios arbitrarios y reversiones de los significados. Los lugares comunes parecen especialmente aptos como ejes del discurso autoritario, ya que las características de estas formas desgastadas por el uso permiten un doble manípulo. Porque el desgaste ha vaciado los lugares comunes, es fácil trastocar sus referentes; porque el uso los ha prestigiado, los mismos lugares comunes suscitan la ilusión de ser representaciones concretas de verdades permanentes.

Pero también puede ocurrir que la obliteración de los referentes se extienda a otras zonas del lenguaje, trasponiendo los bordes —la inmunidad— de los lugares comunes. Si el personaje autoritario cae en la tentación de emplear formas prestigiadas por el uso pero ni “embellecidas” por tropos ni suficientemente desgastadas como para que el trueque de referentes se lleve a cabo con impunidad, el discurso limita con el desvarío:

—Todos los hombres son iguales ante nosotros. Parece álgebra: hombre más hombre igual a cero. Hombre igual a cero ante Sección Especial. Sección Especial igual a Dios. No hay diferencia entre nosotros y Dios en este sector de la vida (p. 63).

La *alteración* del discurso de Winkel es evidente: al usar, y trocar, un postulado discutible, no aceptado como verdad *universal* —“Todos los hombres son iguales ante Dios”, o “Todos los hombres son iguales ante la ley”— se produce una retracción. Y esta retracción subraya, sutilmente, la preponderancia del ámbito privado —incomunicado— en el dis-



curso autoritario. Si pierde el apoyo de la simulada comunicatividad de los lugares comunes, Winkel *no dice nada*:

Winkel [...] se paseó sin reposo mascullando palabras que a veces se entendían y a veces no querían decir nada (p. 90).

Esos vocablos inutilizados, inarticulables, terminan por disolverse en otra especie de lenguaje:

Sus pensamientos se le habían puesto de una velocidad demasiado grande para las palabras, y antes de que terminara uno ya se le atropellaba con otro. De tanto decir parecía que no dijese nada [...] Unos días después, lo que había hecho con las palabras empezó a hacerlo con los movimientos; brazos arriba, brazos abajo, manos agitadas, patio atravesado en diagonal, en recta, en curva (p. 91).

En el último de los cuentos en que aparece el personaje de Winkel —el octavo, “Carta a la amada”—, el desvarío autoritario ha dejado paso a la alienación demencial:

sueño todos los días con vos y me pongo tan triste que me agrieto, me hago pedazos, y me vuelvo un vivero de epidemias. Pero no me impedirán unirme a vos, mi querida, mi pasión, mi deber. Me han encerrado porque quieren separarnos, maridita Sección Especial [...] y borrarle el amor ardiente y fatal (p. 97).

La locura de Winkel pone en guardia al narrador contra las aseveraciones pretendidamente unívocas:

Han pasado años desde que vi a Winkel por última vez. Difícil creer que ese desecho, ese cuerpo, fuera un soporte de eternidad. “A su imagen y semejanza”. Me bastó verlo para renunciar a la doctrina católica (p. 103).

Sumergido en la rutina gris de un mundo sin relieve, digno de Onetti, el personaje desarrolla un cinismo pragmático, que se refleja en su discurso, cuyas veleidades ontológicas son puros restos nostálgicos (p. 106, 111, 113). En el último cuento descubre, *razonando*, una célula guerrillera y su conexión con el asesinato —falsamente presentado como suicidio— de un policía tomado guerrillero y luego arrepentido. Ahora, el narrador usa su decantada habilidad para las torturas *sobre todo* como medio específico de venganza; los datos que logra a través de una ceremonia macabra se dan por añadidura. Como tantos personajes de otros libros de Elvira Orphée, el narrador ha ido perfeccionando a lo largo de los episodios los rasgos de una sensibilidad exacerbada —de signo negativo, como el lirismo del discurso

autoritario— que sólo se manifiesta en distorsiones extremas. No parece impropio anotar aquí un tipo de intuición emparentada con un aspecto de la de Rulfo: piénsese en “La cuesta de las comadres”, en “Talpa”, incluso en las dos facetas de Pedro Páramo. Junto con el cuento titulado “Tormenta, tormento”, “La última conquista del Angel” —que da título al libro— respondería a una de las preguntas que la autora propone: “¿en este drama de transgresión, no serán los actores simultáneamente víctimas y victimarios?” (p. 9).

Los tres últimos episodios fundamentan también otras preguntas planteadas por Elvira Orphée: “¿la tortura del hombre por el hombre no será sin principio ni fin y estará ligada a la condición humana? [...] ¿qué organización de poder o de revolución ha evitado la tortura?” (p. 9). Sin embargo, aunque estos cuentos abren en el libro una vertiente distinta, cuyas implicaciones de alcance existencialista merecerían un comentario detallado, no considero ilegítimo detener mis notas en las consideraciones que la locura de Winkel sugiere. Esa locura coincide con la caída del gobierno y con el desbande de la Sección Especial; también marca un *turning point* en la actitud del narrador. Coincidencias no casuales: parecerían ejemplificar metafórica y literalmente —en reducción paródica: el soliloquio de Winkel vertido en la trivialidad de una letra de tango— a la vez las fisuras del discurso autoritario y la falacia de un orden que apoya y genera semejante discurso. Dicho de otra manera, la correlación anecdótica terminaría por mostrar que subvertir las palabras hasta reducirlas a puros signos amenazantes es jugar peligrosamente con el sinsentido. Esas coincidencias tienen, asimismo, una importancia más general. Muestran, en una fusión de elementos sádicos, patéticos, líricos, —sin concesiones, por vías inesperadas—, uno de los problemas más atrayentes de la ficción contemporánea.

Herbert H Lehman Collage (CUNY)

Notas

1. Véase “Conversación con Elvira Orphée”. En *Zona Franca*, III Época, No. 2, julio - agosto de 1977, pp. 26-27.
2. *Idem*, p. 27: “por el carácter y el comportamiento durante la tortura de algunos de los torturadores, se entronca la realidad con la metafísica”.
3. Otro aspecto del discurso autoritario: el emisor suele presentarse como “bueno”, “sacrificado”, sin voluntad propia, sometido a las exigencias del deber:
—No haga más difícil nuestra tarea— dijo, pidiendo cortésmente que no lo insultaran—. Nosotros defendemos el futuro del gran pueblo argentino. ¿Usted no es parte del pueblo, acaso? Defendemos su vida futura [...]
El preso ya andaba a puro grito. A Winkel se le iba el alma con la traición de ese hombre.
—Grite, si quiere, muchacho. Pero yo no puedo abandonar mi trabajo por sus gritos. Uno de ustedes traiga una manta (pp. 64-65).
4. Véase “On Truth and Lie”. *The Portable Nietzsche*. New York and London: Penguin Books, 1977, pp. 42-47.

